Los celos enfermizos de la señora: las desventuras del nacimiento

Autor(es): Colombani, María Cecilia

Publicado por: Centro de História da Universidade de Lisboa

URL persistente: URI:<http://hdl.handle.net/10316.2/32998>

DOI: DOI:http://dx.doi.org/10.14195/0871-9527_22_7

Accessed : 26-Apr-2023 08:21:06

A navegação consulta e descarregamento dos títulos inseridos nas Bibliotecas Digitais UC Digitalis, UC Pombalina e UC Impactum, pressupõem a aceitação plena e sem reservas dos Termos e Condições de Uso destas Bibliotecas Digitais, disponíveis em <https://digitalis.uc.pt/pt-pt/termos>.

Conforme exposto nos referidos Termos e Condições de Uso, o descarregamento de títulos de acesso restrito requer uma licença válida de autorização devendo o utilizador aceder ao(s) documento(s) a partir de um endereço de IP da instituição detentora da supramencionada licença.

Ao utilizador é apenas permitido o descarregamento para uso pessoal, pelo que o emprego do(s) título(s) descarregado(s) para outro fim, designadamente comercial, carece de autorização do respetivo autor ou editor da obra.

Na medida em que todas as obras da UC Digitalis se encontram protegidas pelo Código do Direito de Autor e Direitos Conexos e demais legislação aplicável, toda a cópia, parcial ou total, deste documento, nos casos em que é legalmente admitida, deverá conter ou fazer-se acompanhar por este aviso.

CADMO

Revista de História Antiga

Centro de História
da Universidade de Lisboa

22

𐀀𐀁𐀂𐀃𐀄𐀅𐀆𐀇𐀈𐀉𐀊𐀋𐀌𐀍𐀎𐀏𐀐𐀑𐀒𐀓𐀔𐀕𐀖𐀗𐀘𐀙𐀚𐀛𐀜𐀝𐀞𐀟𐀠𐀡𐀢𐀣𐀤𐀥𐀦𐀧𐀨𐀩𐀪𐀫𐀬𐀭𐀮𐀯𐀰𐀱𐀲𐀳𐀴𐀵𐀶𐀷𐀸𐀹𐀺𐀻𐀼𐀽𐀾𐀿𐁀𐁁𐁂𐁃𐁄𐁅𐁆𐁇𐁈𐁉𐁊𐁋𐁌𐁍𐁎𐁏𐁐𐁑𐁒𐁓𐁔𐁕𐁖𐁗𐁘𐁙𐁚𐁛𐁜𐁝𐁞𐁟𐁠𐁡𐁢𐁣𐁤𐁥𐁦𐁧𐁨𐁩𐁪𐁫𐁬𐁭𐁮𐁯𐁰𐁱𐁲𐁳𐁴𐁵𐁶𐁷𐁸𐁹𐁺𐁻𐁼𐁽𐁾𐁿𐂀𐂁𐂂𐂃𐂄𐂅𐂆𐂇𐂈𐂉𐂊𐂋𐂌𐂍𐂎𐂏𐂐𐂑𐂒𐂓𐂔𐂕𐂖𐂗𐂘𐂙𐂚𐂛𐂜𐂝𐂞𐂟𐂠𐂡𐂢𐂣𐂤𐂥𐂦𐂧𐂨𐂩𐂪𐂫𐂬𐂭𐂮𐂯𐂰𐂱𐂲𐂳𐂴𐂵𐂶𐂷𐂸𐂹𐂺𐂻𐂼𐂽𐂾𐂿𐃀𐃁𐃂𐃃𐃄𐃅𐃆𐃇𐃈𐃉𐃊𐃋𐃌𐃍𐃎𐃏𐃐𐃑𐃒𐃓𐃔𐃕𐃖𐃗𐃘𐃙𐃚𐃛𐃜𐃝𐃞𐃟𐃠𐃡𐃢𐃣𐃤𐃥𐃦𐃧𐃨𐃩𐃪𐃫𐃬𐃭𐃮𐃯𐃰𐃱𐃲𐃳𐃴𐃵𐃶𐃷𐃸𐃹𐃺𐃻𐃼𐃽𐃾𐃿𐄀𐄁𐄂𐄃𐄄𐄅𐄆𐄇𐄈𐄉𐄊𐄋𐄌𐄍𐄎𐄏𐄐𐄑𐄒𐄓𐄔𐄕𐄖𐄗𐄘𐄙𐄚𐄛𐄜𐄝𐄞𐄟𐄠𐄡𐄢𐄣𐄤𐄥𐄦𐄧𐄨𐄩𐄪𐄫𐄬𐄭𐄮𐄯𐄰𐄱𐄲𐄳𐄴𐄵𐄶𐄷𐄸𐄹𐄺𐄻𐄼𐄽𐄾𐄿𐅀𐅁𐅂𐅃𐅄𐅅𐅆𐅇𐅈𐅉𐅊𐅋𐅌𐅍𐅎𐅏𐅐𐅑𐅒𐅓𐅔𐅕𐅖𐅗𐅘𐅙𐅚𐅛𐅜𐅝𐅞𐅟𐅠𐅡𐅢𐅣𐅤𐅥𐅦𐅧𐅨𐅩𐅪𐅫𐅬𐅭𐅮𐅯𐅰𐅱𐅲𐅳𐅴𐅵𐅶𐅷𐅸𐅹𐅺𐅻𐅼𐅽𐅾𐅿𐆀𐆁𐆂𐆃𐆄𐆅𐆆𐆇𐆈𐆉𐆊𐆋𐆌𐆍𐆎𐆏𐆐𐆑𐆒𐆓𐆔𐆕𐆖𐆗𐆘𐆙𐆚𐆛𐆜𐆝𐆞𐆟𐆠𐆡𐆢𐆣𐆤𐆥𐆦𐆧𐆨𐆩𐆪𐆫𐆬𐆭𐆮𐆯𐆰𐆱𐆲𐆳𐆴𐆵𐆶𐆷𐆸𐆹𐆺𐆻𐆼𐆽𐆾𐆿𐇀𐇁𐇂𐇃𐇄𐇅𐇆𐇇𐇈𐇉𐇊𐇋𐇌𐇍𐇎𐇏𐇐𐇑𐇒𐇓𐇔𐇕𐇖𐇗𐇘𐇙𐇚𐇛𐇜𐇝𐇞𐇟𐇠𐇡𐇢𐇣𐇤𐇥𐇦𐇧𐇨𐇩𐇪𐇫𐇬𐇭𐇮𐇯𐇰𐇱𐇲𐇳𐇴𐇵𐇶𐇷𐇸𐇹𐇺𐇻𐇼𐇽𐇾𐇿𐈀𐈁𐈂𐈃𐈄𐈅𐈆𐈇𐈈𐈉𐈊𐈋𐈌𐈍𐈎𐈏𐈐𐈑𐈒𐈓𐈔𐈕𐈖𐈗𐈘𐈙𐈚𐈛𐈜𐈝𐈞𐈟𐈠𐈡𐈢𐈣𐈤𐈥𐈦𐈧𐈨𐈩𐈪𐈫𐈬𐈭𐈮𐈯𐈰𐈱𐈲𐈳𐈴𐈵𐈶𐈷𐈸𐈹𐈺𐈻𐈼𐈽𐈾𐈿𐉀𐉁𐉂𐉃𐉄𐉅𐉆𐉇𐉈𐉉𐉊𐉋𐉌𐉍𐉎𐉏𐉐𐉑𐉒𐉓𐉔𐉕𐉖𐉗𐉘𐉙𐉚𐉛𐉜𐉝𐉞𐉟𐉠𐉡𐉢𐉣𐉤𐉥𐉦𐉧𐉨𐉩𐉪𐉫𐉬𐉭𐉮𐉯𐉰𐉱𐉲𐉳𐉴𐉵𐉶𐉷𐉸𐉹𐉺𐉻𐉼𐉽𐉾𐉿𐊀𐊁𐊂𐊃𐊄𐊅𐊆𐊇𐊈𐊉𐊊𐊋𐊌𐊍𐊎𐊏𐊐𐊑𐊒𐊓𐊔𐊕𐊖𐊗𐊘𐊙𐊚𐊛𐊜𐊝𐊞𐊟𐊠𐊡𐊢𐊣𐊤𐊥𐊦𐊧𐊨𐊩𐊪𐊫𐊬𐊭𐊮𐊯𐊰𐊱𐊲𐊳𐊴𐊵𐊶𐊷𐊸𐊹𐊺𐊻𐊼𐊽𐊾𐊿𐋀𐋁𐋂𐋃𐋄𐋅𐋆𐋇𐋈𐋉𐋊𐋋𐋌𐋍𐋎𐋏𐋐𐋑𐋒𐋓𐋔𐋕𐋖𐋗𐋘𐋙𐋚𐋛𐋜𐋝𐋞𐋟𐋠𐋡𐋢𐋣𐋤𐋥𐋦𐋧𐋨𐋩𐋪𐋫𐋬𐋭𐋮𐋯𐋰𐋱𐋲𐋳𐋴𐋵𐋶𐋷𐋸𐋹𐋺𐋻𐋼𐋽𐋾𐋿𐌀𐌁𐌂𐌃𐌄𐌅𐌆𐌇𐌈𐌉𐌊𐌋𐌌𐌍𐌎𐌏𐌐𐌑𐌒𐌓𐌔𐌕𐌖𐌗𐌘𐌙𐌚𐌛𐌜𐌝𐌞𐌟𐌠𐌡𐌢𐌣𐌤𐌥𐌦𐌧𐌨𐌩𐌪𐌫𐌬𐌭𐌮𐌯𐌰𐌱𐌲𐌳𐌴𐌵𐌶𐌷𐌸𐌹𐌺𐌻𐌼𐌽𐌾𐌿𐍀𐍁𐍂𐍃𐍄𐍅𐍆𐍇𐍈𐍉𐍊𐍋𐍌𐍍𐍎𐍏𐍐𐍑𐍒𐍓𐍔𐍕𐍖𐍗𐍘𐍙𐍚𐍛𐍜𐍝𐍞𐍟𐍠𐍡𐍢𐍣𐍤𐍥𐍦𐍧𐍨𐍩𐍪𐍫𐍬𐍭𐍮𐍯𐍰𐍱𐍲𐍳𐍴𐍵𐍶𐍷𐍸𐍹𐍺𐍻𐍼𐍽𐍾𐍿𐎀𐎁𐎂𐎃𐎄𐎅𐎆𐎇𐎈𐎉𐎊𐎋𐎌𐎍𐎎𐎏𐎐𐎑𐎒𐎓𐎔𐎕𐎖𐎗𐎘𐎙𐎚𐎛𐎜𐎝𐎞𐎟𐎠𐎡𐎢𐎣𐎤𐎥𐎦𐎧𐎨𐎩𐎪𐎫𐎬𐎭𐎮𐎯𐎰𐎱𐎲𐎳𐎴𐎵𐎶𐎷𐎸𐎹𐎺𐎻𐎼𐎽𐎾𐎿𐏀𐏁𐏂𐏃𐏄𐏅𐏆𐏇𐏈𐏉𐏊𐏋𐏌𐏍𐏎𐏏𐏐𐏑𐏒𐏓𐏔𐏕𐏖𐏗𐏘𐏙𐏚𐏛𐏜𐏝𐏞𐏟𐏠𐏡𐏢𐏣𐏤𐏥𐏦𐏧𐏨𐏩𐏪𐏫𐏬𐏭𐏮𐏯𐏰𐏱𐏲𐏳𐏴𐏵𐏶𐏷𐏸𐏹𐏺𐏻𐏼𐏽𐏾𐏿𐐀𐐁𐐂𐐃𐐄𐐅𐐆𐐇𐐈𐐉𐐊𐐋𐐌𐐍𐐎𐐏𐐐𐐑𐐒𐐓𐐔𐐕𐐖𐐗𐐘𐐙𐐚𐐛𐐜𐐝𐐞𐐟𐐠𐐡𐐢𐐣𐐤𐐥𐐦𐐧𐐨𐐩𐐪𐐫𐐬𐐭𐐮𐐯𐐰𐐱𐐲𐐳𐐴𐐵𐐶𐐷𐐸𐐹𐐺𐐻𐐼𐐽𐐾𐐿𐑀𐑁𐑂𐑃𐑄𐑅𐑆𐑇𐑈𐑉𐑊𐑋𐑌𐑍𐑎𐑏𐑐𐑑𐑒𐑓𐑔𐑕𐑖𐑗𐑘𐑙𐑚𐑛𐑜𐑝𐑞𐑟𐑠𐑡𐑢𐑣𐑤𐑥𐑦𐑧𐑨𐑩𐑪𐑫𐑬𐑭𐑮𐑯𐑰𐑱𐑲𐑳𐑴𐑵𐑶𐑷𐑸𐑹𐑺𐑻𐑼𐑽𐑾𐑿𐒀𐒁𐒂𐒃𐒄𐒅𐒆𐒇𐒈𐒉𐒊𐒋𐒌𐒍𐒎𐒏𐒐𐒑𐒒𐒓𐒔𐒕𐒖𐒗𐒘𐒙𐒚𐒛𐒜𐒝𐒞𐒟𐒠𐒡𐒢𐒣𐒤𐒥𐒦𐒧𐒨𐒩𐒪𐒫𐒬𐒭𐒮𐒯𐒰𐒱𐒲𐒳𐒴𐒵𐒶𐒷𐒸𐒹𐒺𐒻𐒼𐒽𐒾𐒿𐓀𐓁𐓂𐓃𐓄𐓅𐓆𐓇𐓈𐓉𐓊𐓋𐓌𐓍𐓎𐓏𐓐𐓑𐓒𐓓𐓔𐓕𐓖𐓗𐓘𐓙𐓚𐓛𐓜𐓝𐓞𐓟𐓠𐓡𐓢𐓣𐓤𐓥𐓦𐓧𐓨𐓩𐓪𐓫𐓬𐓭𐓮𐓯𐓰𐓱𐓲𐓳𐓴𐓵𐓶𐓷𐓸𐓹𐓺𐓻𐓼𐓽𐓾𐓿𐔀𐔁𐔂𐔃𐔄𐔅𐔆𐔇𐔈𐔉𐔊𐔋𐔌𐔍𐔎𐔏𐔐𐔑𐔒𐔓𐔔𐔕𐔖𐔗𐔘𐔙𐔚𐔛𐔜𐔝𐔞𐔟𐔠𐔡𐔢𐔣𐔤𐔥𐔦𐔧𐔨𐔩𐔪𐔫𐔬𐔭𐔮𐔯𐔰𐔱𐔲𐔳𐔴𐔵𐔶𐔷𐔸𐔹𐔺𐔻𐔼𐔽𐔾𐔿𐕀𐕁𐕂𐕃𐕄𐕅𐕆𐕇𐕈𐕉𐕊𐕋𐕌𐕍𐕎𐕏𐕐𐕑𐕒𐕓𐕔𐕕𐕖𐕗𐕘𐕙𐕚𐕛𐕜𐕝𐕞𐕟𐕠𐕡𐕢𐕣𐕤𐕥𐕦𐕧𐕨𐕩𐕪𐕫𐕬𐕭𐕮𐕯𐕰𐕱𐕲𐕳𐕴𐕵𐕶𐕷𐕸𐕹𐕺𐕻𐕼𐕽𐕾𐕿𐖀𐖁𐖂𐖃𐖄𐖅𐖆𐖇𐖈𐖉𐖊𐖋𐖌𐖍𐖎𐖏𐖐𐖑𐖒𐖓𐖔𐖕𐖖𐖗𐖘𐖙𐖚𐖛𐖜𐖝𐖞𐖟𐖠𐖡𐖢𐖣𐖤𐖥𐖦𐖧𐖨𐖩𐖪𐖫𐖬𐖭𐖮𐖯𐖰𐖱𐖲𐖳𐖴𐖵𐖶𐖷𐖸𐖹𐖺𐖻𐖼𐖽𐖾𐖿𐗀𐗁𐗂𐗃𐗄𐗅𐗆𐗇𐗈𐗉𐗊𐗋𐗌𐗍𐗎𐗏𐗐𐗑𐗒𐗓𐗔𐗕𐗖𐗗𐗘𐗙𐗚𐗛𐗜𐗝𐗞𐗟𐗠𐗡𐗢𐗣𐗤𐗥𐗦𐗧𐗨𐗩𐗪𐗫𐗬𐗭𐗮𐗯𐗰𐗱𐗲𐗳𐗴𐗵𐗶𐗷𐗸𐗹𐗺𐗻𐗼𐗽𐗾𐗿𐘀𐘁𐘂𐘃𐘄𐘅𐘆𐘇𐘈𐘉𐘊𐘋𐘌𐘍𐘎𐘏𐘐𐘑𐘒𐘓𐘔𐘕𐘖𐘗𐘘𐘙𐘚𐘛𐘜𐘝𐘞𐘟𐘠𐘡𐘢𐘣𐘤𐘥𐘦𐘧𐘨𐘩𐘪𐘫𐘬𐘭𐘮𐘯𐘰𐘱𐘲𐘳𐘴𐘵𐘶𐘷𐘸𐘹𐘺𐘻𐘼𐘽𐘾𐘿𐙀𐙁𐙂𐙃𐙄𐙅𐙆𐙇𐙈𐙉𐙊𐙋𐙌𐙍𐙎𐙏𐙐𐙑𐙒𐙓𐙔𐙕𐙖𐙗𐙘𐙙𐙚𐙛𐙜𐙝𐙞𐙟𐙠𐙡𐙢𐙣𐙤𐙥𐙦𐙧𐙨𐙩𐙪𐙫𐙬𐙭𐙮𐙯𐙰𐙱𐙲𐙳𐙴𐙵𐙶𐙷𐙸𐙹𐙺𐙻𐙼𐙽𐙾𐙿𐚀𐚁𐚂𐚃𐚄𐚅𐚆𐚇𐚈𐚉𐚊𐚋𐚌𐚍𐚎𐚏𐚐𐚑𐚒𐚓𐚔𐚕𐚖𐚗𐚘𐚙𐚚𐚛𐚜𐚝𐚞𐚟𐚠𐚡𐚢𐚣𐚤𐚥𐚦𐚧𐚨𐚩𐚪𐚫𐚬𐚭𐚮𐚯𐚰𐚱𐚲𐚳𐚴𐚵𐚶𐚷𐚸𐚹𐚺𐚻𐚼𐚽𐚾𐚿𐛀𐛁𐛂𐛃𐛄𐛅𐛆𐛇𐛈𐛉𐛊𐛋𐛌𐛍𐛎𐛏𐛐𐛑𐛒𐛓𐛔𐛕𐛖𐛗𐛘𐛙𐛚𐛛𐛜𐛝𐛞𐛟𐛠𐛡𐛢𐛣𐛤𐛥𐛦𐛧𐛨𐛩𐛪𐛫𐛬𐛭𐛮𐛯𐛰𐛱𐛲𐛳𐛴𐛵𐛶𐛷𐛸𐛹𐛺𐛻𐛼𐛽𐛾𐛿𐜀𐜁𐜂𐜃𐜄𐜅𐜆𐜇𐜈𐜉𐜊𐜋𐜌𐜍𐜎𐜏𐜐𐜑𐜒𐜓𐜔𐜕𐜖𐜗𐜘𐜙𐜚𐜛𐜜𐜝𐜞𐜟𐜠𐜡𐜢𐜣𐜤𐜥𐜦𐜧𐜨𐜩𐜪𐜫𐜬𐜭𐜮𐜯𐜰𐜱𐜲𐜳𐜴𐜵𐜶𐜷𐜸𐜹𐜺𐜻𐜼𐜽𐜾𐜿𐝀𐝁𐝂𐝃𐝄𐝅𐝆𐝇𐝈𐝉𐝊𐝋𐝌𐝍𐝎𐝏𐝐𐝑𐝒𐝓𐝔𐝕𐝖𐝗𐝘𐝙𐝚𐝛𐝜𐝝𐝞𐝟𐝠𐝡𐝢𐝣𐝤𐝥𐝦𐝧𐝨𐝩𐝪𐝫𐝬𐝭𐝮𐝯𐝰𐝱𐝲𐝳𐝴𐝵𐝶𐝷𐝸𐝹𐝺𐝻𐝼𐝽𐝾𐝿𐞀𐞁𐞂𐞃𐞄𐞅𐞆𐞇𐞈𐞉𐞊𐞋𐞌𐞍𐞎𐞏𐞐𐞑𐞒𐞓𐞔𐞕𐞖𐞗𐞘𐞙𐞚𐞛𐞜𐞝𐞞𐞟𐞠𐞡𐞢𐞣𐞤𐞥𐞦𐞧𐞨𐞩𐞪𐞫𐞬𐞭𐞮𐞯𐞰𐞱𐞲𐞳𐞴𐞵𐞶𐞷𐞸𐞹𐞺𐞻𐞼𐞽𐞾𐞿𐟀𐟁𐟂𐟃𐟄𐟅𐟆𐟇𐟈𐟉𐟊𐟋𐟌𐟍𐟎𐟏𐟐𐟑𐟒𐟓𐟔𐟕𐟖𐟗𐟘𐟙𐟚𐟛𐟜𐟝𐟞𐟟𐟠𐟡𐟢𐟣𐟤𐟥𐟦𐟧𐟨𐟩𐟪𐟫𐟬𐟭𐟮𐟯𐟰𐟱𐟲𐟳𐟴𐟵𐟶𐟷𐟸𐟹𐟺𐟻𐟼𐟽𐟾𐟿𐠀𐠁𐠂𐠃𐠄𐠅𐠆𐠇𐠈𐠉𐠊𐠋𐠌𐠍𐠎𐠏𐠐𐠑𐠒𐠓𐠔𐠕𐠖𐠗𐠘𐠙𐠚𐠛𐠜𐠝𐠞𐠟𐠠𐠡𐠢𐠣𐠤𐠥𐠦𐠧𐠨𐠩𐠪𐠫𐠬𐠭𐠮𐠯𐠰𐠱𐠲𐠳𐠴𐠵𐠶𐠷𐠸𐠹𐠺𐠻𐠼𐠽𐠾𐠿𐡀𐡁𐡂𐡃𐡄𐡅𐡆𐡇𐡈𐡉𐡊𐡋𐡌𐡍𐡎𐡏𐡐𐡑𐡒𐡓𐡔𐡕𐡖𐡗𐡘𐡙𐡚𐡛𐡜𐡝𐡞𐡟𐡠𐡡𐡢𐡣𐡤𐡥𐡦𐡧𐡨𐡩𐡪𐡫𐡬𐡭𐡮𐡯𐡰𐡱𐡲𐡳𐡴𐡵𐡶𐡷𐡸𐡹𐡺𐡻𐡼𐡽𐡾𐡿𐢀𐢁𐢂𐢃𐢄𐢅𐢆𐢇𐢈𐢉𐢊𐢋𐢌𐢍𐢎𐢏𐢐𐢑𐢒𐢓𐢔𐢕𐢖𐢗𐢘𐢙𐢚𐢛𐢜𐢝𐢞𐢟𐢠𐢡𐢢𐢣𐢤𐢥𐢦𐢧𐢨𐢩𐢪𐢫𐢬𐢭𐢮𐢯𐢰𐢱𐢲𐢳𐢴𐢵𐢶𐢷𐢸𐢹𐢺𐢻𐢼𐢽𐢾𐢿𐣀𐣁𐣂𐣃𐣄𐣅𐣆𐣇𐣈𐣉𐣊𐣋𐣌𐣍𐣎𐣏𐣐𐣑𐣒𐣓𐣔𐣕𐣖𐣗𐣘𐣙𐣚𐣛𐣜𐣝𐣞𐣟𐣠𐣡𐣢𐣣𐣤𐣥𐣦𐣧𐣨𐣩𐣪𐣫𐣬𐣭𐣮𐣯𐣰𐣱𐣲𐣳𐣴𐣵𐣶𐣷𐣸𐣹𐣺𐣻𐣼𐣽𐣾𐣿𐤀𐤁𐤂𐤃𐤄𐤅𐤆𐤇𐤈𐤉𐤊𐤋𐤌𐤍𐤎𐤏𐤐𐤑𐤒𐤓𐤔𐤕𐤖𐤗𐤘𐤙𐤚𐤛𐤜𐤝𐤞𐤟𐤠𐤡𐤢𐤣𐤤𐤥𐤦𐤧𐤨𐤩𐤪𐤫𐤬𐤭𐤮𐤯𐤰𐤱𐤲𐤳𐤴𐤵𐤶𐤷𐤸𐤹𐤺𐤻𐤼𐤽𐤾𐤿𐥀𐥁𐥂𐥃𐥄𐥅𐥆𐥇𐥈𐥉𐥊𐥋𐥌𐥍𐥎𐥏𐥐𐥑𐥒𐥓𐥔𐥕𐥖𐥗𐥘𐥙𐥚𐥛𐥜𐥝𐥞𐥟𐥠𐥡𐥢𐥣𐥤𐥥𐥦𐥧𐥨𐥩𐥪𐥫𐥬𐥭𐥮𐥯𐥰𐥱𐥲𐥳𐥴𐥵𐥶𐥷𐥸𐥹𐥺𐥻𐥼𐥽𐥾𐥿𐦀𐦁𐦂𐦃𐦄𐦅𐦆𐦇𐦈𐦉𐦊𐦋𐦌𐦍𐦎𐦏𐦐𐦑𐦒𐦓𐦔𐦕𐦖𐦗𐦘𐦙𐦚𐦛𐦜𐦝𐦞𐦟𐦠𐦡𐦢𐦣𐦤𐦥𐦦𐦧𐦨𐦩𐦪𐦫𐦬𐦭𐦮𐦯𐦰𐦱𐦲𐦳𐦴𐦵𐦶𐦷𐦸𐦹𐦺𐦻𐦼𐦽𐦾𐦿𐧀𐧁𐧂𐧃𐧄𐧅𐧆𐧇𐧈𐧉𐧊𐧋𐧌𐧍𐧎𐧏𐧐𐧑𐧒𐧓𐧔𐧕𐧖𐧗𐧘𐧙𐧚𐧛𐧜𐧝𐧞𐧟𐧠𐧡𐧢𐧣𐧤𐧥𐧦𐧧𐧨𐧩𐧪𐧫𐧬𐧭𐧮𐧯𐧰𐧱𐧲𐧳𐧴𐧵𐧶𐧷𐧸𐧹𐧺𐧻𐧼𐧽𐧾𐧿𐨀𐨁𐨂𐨃𐨄𐨅𐨆𐨇𐨈𐨉𐨊𐨋𐨌𐨍𐨎𐨏𐨐𐨑𐨒𐨓𐨔𐨕𐨖𐨗𐨘𐨙𐨚𐨛𐨜𐨝𐨞𐨟𐨠𐨡𐨢𐨣𐨤𐨥𐨦𐨧𐨨𐨩𐨪𐨫𐨬𐨭𐨮𐨯𐨰𐨱𐨲𐨳𐨴𐨵𐨶𐨷𐨹𐨺𐨸𐨻𐨼𐨽𐨾𐨿𐩀𐩁𐩂𐩃𐩄𐩅𐩆𐩇𐩈𐩉𐩊𐩋𐩌𐩍𐩎𐩏𐩐𐩑𐩒𐩓𐩔𐩕𐩖𐩗𐩘𐩙𐩚𐩛𐩜𐩝𐩞𐩟𐩠𐩡𐩢𐩣𐩤𐩥𐩦𐩧𐩨𐩩𐩪𐩫𐩬𐩭𐩮𐩯𐩰𐩱𐩲𐩳𐩴𐩵𐩶𐩷𐩸𐩹𐩺𐩻𐩼𐩽𐩾𐩿𐪀𐪁𐪂𐪃𐪄𐪅𐪆𐪇𐪈𐪉𐪊𐪋𐪌𐪍𐪎𐪏𐪐𐪑𐪒𐪓𐪔𐪕𐪖𐪗𐪘𐪙𐪚𐪛𐪜𐪝𐪞𐪟𐪠𐪡𐪢𐪣𐪤𐪥𐪦𐪧𐪨𐪩𐪪𐪫𐪬𐪭𐪮𐪯𐪰𐪱𐪲𐪳𐪴𐪵𐪶𐪷𐪸𐪹𐪺𐪻𐪼𐪽𐪾𐪿𐫀𐫁𐫂𐫃𐫄𐫅𐫆𐫇𐫈𐫉𐫊𐫋𐫌𐫍𐫎𐫏𐫐𐫑𐫒𐫓𐫔𐫕𐫖𐫗𐫘𐫙𐫚𐫛𐫜𐫝𐫞𐫟𐫠𐫡𐫢𐫣𐫤𐫦𐫥𐫧𐫨𐫩𐫪𐫫𐫬𐫭𐫮𐫯𐫰𐫱𐫲𐫳𐫴𐫵𐫶𐫷𐫸𐫹𐫺𐫻𐫼𐫽𐫾𐫿𐬀𐬁𐬂𐬃𐬄𐬅𐬆𐬇𐬈𐬉𐬊𐬋𐬌𐬍𐬎𐬏𐬐𐬑𐬒𐬓𐬔𐬕𐬖𐬗𐬘𐬙𐬚𐬛𐬜𐬝𐬞𐬟𐬠𐬡𐬢𐬣𐬤𐬥𐬦𐬧𐬨𐬩𐬪𐬫𐬬𐬭𐬮𐬯𐬰𐬱𐬲𐬳𐬴𐬵𐬶𐬷𐬸𐬹𐬺𐬻𐬼𐬽𐬾𐬿𐭀𐭁𐭂𐭃𐭄𐭅𐭆𐭇𐭈𐭉𐭊𐭋𐭌𐭍𐭎𐭏𐭐𐭑𐭒𐭓𐭔𐭕𐭖𐭗𐭘𐭙𐭚𐭛𐭜𐭝𐭞𐭟𐭠𐭡𐭢𐭣𐭤𐭥𐭦𐭧𐭨𐭩𐭪𐭫𐭬𐭭𐭮𐭯𐭰𐭱𐭲𐭳𐭴𐭵𐭶𐭷𐭸𐭹𐭺𐭻𐭼𐭽𐭾𐭿𐮀𐮁𐮂𐮃𐮄𐮅𐮆𐮇𐮈𐮉𐮊𐮋𐮌𐮍𐮎𐮏𐮐𐮑𐮒𐮓𐮔𐮕𐮖𐮗𐮘𐮙𐮚𐮛𐮜𐮝𐮞𐮟𐮠𐮡𐮢𐮣𐮤𐮥𐮦𐮧𐮨𐮩𐮪𐮫𐮬𐮭𐮮𐮯𐮰𐮱𐮲𐮳𐮴𐮵𐮶𐮷𐮸𐮹𐮺𐮻𐮼𐮽𐮾𐮿𐯀𐯁𐯂𐯃𐯄𐯅𐯆𐯇𐯈𐯉𐯊𐯋𐯌𐯍𐯎𐯏𐯐𐯑𐯒𐯓𐯔𐯕𐯖

LOS CELOS ENFERMIZOS DE LA SEÑORA. LAS DESVENTURAS DEL NACIMIENTO

MARÍA CECILIA COLOMBANI

Universidad de Morón

Universidad de Mar del Plata

ceciliacolombani@hotmail.com

a. Introducción

El proyecto de la presente comunicación consiste en problematizar la figura de Hera en el marco general de la economía olímpica, a partir de los celos que parecen marcar fuertemente su identidad, acarreándole una buena cantidad de problemas con su esposo, Zeus, el padre de todos los dioses y los hombres.

Sus celos la llevan a perseguir indistintamente hijos y esposas, legítimas e ilegítimas, en un despliegue de acción que parece no conocer límites. La Señora es el prototipo de la esposa despechada por las aventuras extramatrimoniales de su esposo, al punto de convertirla en una divinidad afín a la protección del hogar y a la tutela de las mujeres en sus distintos estados. Su lucha parece ser la custodia del matrimonio frente a cualquier elemento que lo distorsione.

En el marco de esta lucha se inscribe el segundo propósito del presente trabajo, a saber: descubrir algunos elementos comunes entre Apolo y Dioniso, a partir de sus respectivos nacimientos, por demás traumáticos. Son los celos de Hera los que convierten a los nacimientos en circunstancias poco felices, ya que Sémele, la princesa cadmea,

hija de Cadmo, rey de Tebas, madre de Dioniso y Leto, una olímpica, madre de Apolo, sufren las persecuciones de una Hera irritada por sus desventuras matrimoniales.

Hay en ambos nacimientos rasgos comunes, a partir precisamente de los celos, hilo dominante de un tapiz que se borda en clave de persecuciones e intrigas, tan propias del mundo mítico. Ardides, ocultamientos, alianzas, son las claves que van hilvanando cierto destino común en dos divinidades que se han caracterizado por diferencias más que por coincidencias en un horizonte de lecturas poco problematizadoras y bastante unilateralizadas.

Nuestro intento es recorrer, por un lado, el par Leto-Sémele, buscando coincidencias a partir de una circunstancia que las emparenta, las desventuras del parto, y por el otro, el par Dioniso-Apolo, buscando los puntos que los asocia en una historia temprana común, marcada por cierto nomadismo y vagabundeo como marca ántropo-topológica.

b. La Señora no soporta rivales

Comencemos por presentar a Hera, legítima esposa del egidífero Zeus, de quien es también hermana, ya que ambos son primeramente hijos de los padres primigenios, Rea y Crono. Hesíodo la presenta precisamente en su estatuto de esposa, en los siguientes términos: «En último lugar tomó por esposa a la floreciente Hera; ésta parió a Hebe, Ares e Ilitía en contacto amoroso con el rey de dioses y hombres» (*Teogonía*, 922-924).

Originariamente Hera es una divinidad prehelénica, y en esa línea su nombre estaría asociado a la palabra prehelénica *hērōs*, por lo cual Hera significaría «la Señora».

Estamos en presencia de una divinidad ctónica, vinculada a la fecundidad, a la capacidad de procrear, y de hacer crecer las cosechas, cuyo culto se centra en la Argólida. Su nombre aparece en las tablillas micénicas, como *e-ra* y habitualmente es presentada como una deidad típica con descripción canónica. Tal es el caso del *Himno Homérico*: «Canto a Hera, la del áureo trono, a la que engendró Rea, a la reina inmortal, dotada de suprema hermosura, de Zeus tonante hermana y esposa, la gloriosa, a la que honran reverentes todos los Bienaventurados por el vasto Olimpo, por igual que a Zeus, que se goza con el rayo» (*Himno Homérico a Hera*1-5).

Ni una palabra de los celos de la Señora. Las debilidades no parecen aparecer en los himnos de alabanza. Hay que rastrear otros episodios para hallarlos y entrar en las escenas de la vida conyugal para saber de ellos. Deberíamos remitirnos a los embarazos de Leto y Sêmele, tal como anunciáramos oportunamente, pero antes optaremos por otra escena, donde el rival no parece ser exactamente una mujer, sino su propio marido, quien ha parido una ilustre hija, nacida de su frente, la diosa Atenea. El mismo Hesíodo lo refiere en estos términos: «Y él, de su cabeza, dio a luz a Atenea, de ojos glaucos, terrible, belicosa, conductora de ejércitos, invencible y augusta, a la que encantan los tumultos, guerras y batallas» (*Teogonía*, 924-926). Hera padece este desconocimiento y sufre un nacimiento que no la ha tenido presente ni activa, ya que se ha consumado sin su concurso y que, encima, ha arrojado la más ilustre de las hijas de Zeus, el portador de la égida, quien, precisamente con ella y con Apolo, constituye la tríada de dioses fundamentales del panteón helénico. En efecto, «A ella la engendró por sí solo el prudente Zeus de su augusta cabeza, provista de belicoso armamento de radiante oro» (*Himno Homérico XXVIII a Atenea*, 5-7).

Es el nacimiento de Atenea, cuyo nombre ya aparece en las tablillas micénicas como *a-ta-na-po-ti-ni-ja*, *Athana pótnia*, Atenea, la Soberana, lo que desencadena un episodio de rivalidad conyugal. No es una niña más. El *Himno Homérico* se refiere a ella en su dimensión de diosa guerrera: «Comienzo por cantar a Palas Atenea, protectora de ciudadelas, diosa terrible a la que, con Ares, importan las bélicas acciones, las ciudades saqueadas, el griterío y las batallas. También protege al ejército a su partida y a su regreso». (*Himno Homérico XI a Atenea*, 1-4). Los mismos rasgos que pintara Hesíodo, haciendo hincapié en la dimensión guerrera de esta gloriosa deidad de «ojos de lechuza, la muy sagaz, dotada de corazón implacable, virgen venerable, protectora de ciudades, la ardida Tritogenia» (*Himno Homérico XXVIII a Atenea*, 1-4).

El nacimiento ha sido por demás significativo y todo el Olimpo se vio conmocionado. «Un religioso temor se apoderó de todos los inmortales al verla. Y ella, delante de Zeus egidífero, saltó impetuosamente de la cabeza inmortal, agitando una aguda jabalina. El gran Olimpo se estremecía terriblemente bajo el ímpetu de la de ojos de lechuza» (*Himno Homérico XXVIII a Atenea*, 6-11). Nadie puede permanecer incólume ante semejante nacimiento; menos aún una flamante esposa ignorada. Ni la tierra, ni el ponto, «henchido de agitadas olas», ni el sol disimularon la conmoción

y el universo en su totalidad tembló ante el regocijo del prudente Zeus, que vuelve a poner en orden el cosmos.

Ahora bien, si Hera ha sido desconocida en su estatuto conyugal y en su función maternal, ahora le toca el turno a Zeus, que será ignorado por su esposa, al parir sola a Hefesto, como forma de devolver gentilezas. Una mujer desechada es capaz de poner a prueba el estatuto de quien la ofende, más allá de quien se trate. Y así fue cómo «Hera dio a luz, sin trato amoroso —estaba furiosa y enfadada con su esposo—, a Hefesto, que destaca entre todos los descendientes de Urano por la destreza de sus manos» (*Teogonía*, 927-929).

No es una doncella por excelencia, sino un hijo cojo y deforme, lo que va a parir Hera en su gesta solitaria, tensionando, como tantas veces, el poder del soberano. El detalle de la cojera se debe, según el mito, a la caída desde el cielo hacia la isla de Lemnos, accidente provocado por Zeus, encolerizado porque había ayudado a Hera contra él. Juego habitual de alianzas en este modelo de batalla perpetua que parece marcar la convulsionada vida de los Olímpicos. Ambos hijos, Hefesto y Atenea, simbólicos en el territorio que venimos analizando, comparten un rasgo común: ser protectores del artesanado. Él es el forjador mítico, capaz de realizar todo tipo de maravillas para dioses y héroes, más allá de su deformidad. El Himno enfatiza esta relación: «Canta, Musa de voz clara, a Hefesto, célebre por su talento, el que, con Atenea la de ojos de lechuza, enseñó espléndidos oficios a los hombres sobre la tierra, hombres que antes habitaban en grutas en los montes como fieras» (*Himno Homérico XX a Hefesto*, 1-5).

c. Esas mujeres que enloquecen a la Señora: las desventuras de la bella cadmea

Este es sólo un episodio de los tantos que los celos de Hera pueden provocar; sólo una muestra de un despliegue que puede acrecentarse cuando el rival es una mujer, no ya el soberano que se lanza a un parto solitario. En el nacimiento de Atenea no ha habido una mujer que encolerice a la Señora, pero los nacimientos de Dioniso y Apolo evidencian la presencia de lo femenino junto a Zeus; elementos heterogéneos que suman complejidad a la escena, ya que Leto, madre de Apolo es una olímpica, pero Semele, madre de Dioniso, es una mortal.

Las desventuras de los respectivos nacimientos hablan del despliegue de una Hera acosada por los celos como rasgo identitario. Ahora el enemigo tiene cara de mujer: Sémele y Leto constituyen la pareja emblemática de madres sobre la que recaen persecuciones y ardidés, tendientes a interrumpir u obstaculizar nacimientos indeseados; Dioniso y Apolo constituyen el par complementario de dos vástagos nacidos en el marco de las peores desventuras, elemento que los asocia en la más temprana edad, aunque con resoluciones identitarias diferentes: mientras el primero es el dios nómada y cosmopolita que conocemos, siempre vagando de lugar en lugar, desconociendo el sedentarismo como rasgo dominante, el segundo es el cartógrafo por excelencia, el constructor que, sui bien vaga, lo hace en el marco de una búsqueda incesante: dónde hallar el lugar propicio para construir un gran templo.

Comencemos por la pareja Sémele- Dioniso. Hesíodo hace referencia muy brevemente cuando afirma: «Y la cadmea Sémele, igualmente en trato amoroso con él, dio a luz un ilustre hijo, el muy risueño Dioniso, un inmortal siendo ella mortal. Ahora ambos son dioses» (*Teogonía*, 940-943). Las noticias de *Teogonía* parecen adelantar el final del episodio, ya que el hijo y su madre, ambos dioses, parecen haber resistido los embates de la Señora.

Sémele es el nombre que seguramente corresponde al de la diosa frigia de la tierra, Zemeli; de allí que Dioniso como hijo de la tierra, esté vinculado a las potencias ctónicas, que lo emparentan con dioses de la vegetación, que marcan ciclos, que mueren y resucitan, tan característicos de la religiosidad mediterránea. Su nombre aparece en las tablillas micénicas como *di-wo-un-so-jo* y es fuerte su representación como un dios niño, acompañado en sus vagabundeos iniciales por las dulces nodrizas que completaron su crianza

El Himno Homérico da cuenta del nacimiento en términos más precisos. «Comienzo por cantar al que ciñe de hiedra sus cabellos, al de poderoso bramido, Dioniso, hijo ilustre de Zeus y la gloriosísima Sémele, al que criaron las Ninfas de hermosa cabellera, tras haberlo recibido en sus regazos de su padre, el Soberano» (*Himno Homérico XXVI* a Dioniso, 1-4). El destino de la pareja madre-hijo vuelve a anticiparse. Zeus les ha otorgado finalmente la gloria, desvelo de dioses y hombres. Pero un largo camino habrá de recorrer hasta la victoria final.

Primero es el momento de Hera, de sus ardidés y trampas ante la afrenta del engaño. Distintas versiones del nacimiento de Dioniso coinciden

en el punto de la persecución. Dioniso es el perseguido por excelencia. Hera decide destruir a Sémele para lo cual la convence de que le pida a Zeus que se muestre en todo su esplendor, como prueba de amor. El pedido es la crónica de una muerte anunciada. Zeus accede al pedido y Sémele muere fulminada por el esplendor del rayo, atributo del egidífero. Aparente triunfo de Hera, sólo aparente, en el marco de una batalla por el reconocimiento que no cesa en estrategias y resistencias. Zeus completa la gestación del nonato en su muslo para que viva y tenga un lugar entre los Olímpicos. En efecto, «el padre no dejó que el hijo pereciera. Frescas ramas de hiedra lo protegieron del calor que abrasó a su madre. Y él mismo ocupó su puesto. Acogió al retoño, aún inmaduro, en su cuerpo, y cuando se cumplió el número de lunas, lo trajo al mundo»¹.

Pero Hera no debe saberlo. La Señora es demasiado celosa y puede causar nuevos disgustos al padre de dioses y hombres. Las Ninfas son las mejores aliadas. Son ellas las que «cariñosamente lo cuidaron en los barrancos del Nisa, y él crecía por voluntad de su padre en una cueva fragante, pero contado entre los inmortales» (*Himno Homérico XXVI a Dioniso*, 4-7). Este es el verdadero triunfo: el de Zeus velando por hijo, a escondidas de Hera, que lo supone muerto. Reconocimiento del padre que, cuando sea el momento oportuno, hará visible a un hijo hoy invisibilizado y silenciado para el resto de los inmortales. No es aún el momento; cuestión de táctica y estrategia; Hera acecha y sus celos pueden jugar una mala pasada. Es el tiempo de una dulce infancia con las Ninfas, «mas cuando las diosas acabaron ya de criar a quien sería motivo de muchos himnos, ya entonces frecuentaba los boscosos valles, cubierto de hiedra y lauro. Las Ninfas lo seguían a una, y él las guiaba. El fragor se adueñaba del bosque inmenso» (*Himno Homérico XXVI a Dioniso*, 8-11). Son ellas sus nodrizas pero también sus futuras acompañantes en el *tíasos*, las mujeres que nunca habrán de abandonarlo. Tal como sostiene Otto ««estas mismas diosas componen su frenética escolta, y con él, el adornado de hiedra y laurel, recorren los bosques»². Las primeras nodrizas son las futuras bacantes, las que sufren con su Señor todo lo que haya que sufrir en busca del ansiado reconocimiento divino.

El *Himno I*, de difícil reconstrucción porque no se ha conservado completo, nos devuelve en el fragmento I noticias de su nacimiento: «...pues unos dicen que en Drácano, otros que en la borrascosa Ícaro, otros que en Naxos, y otros que junto al Alfeo, el vorticoso río, a ti, divino vástago, Taurino, te parió Sémele, que estaba embarazada, para Zeus,

que se goza con el rayo. Otros dicen que tú, Señor, naciste en Tebas. Mienten. A ti te engendró el padre de hombres y dioses, muy lejos de los humanos, a escondidas de Hera de niveos brazos» (*Himno Homérico I a Dioniso*, 1-5).

Himno emblemático que al tiempo que nos informa del divino vástago, nos da pautas topológicas del territorio. Drácano es un promontorio de la citada isla de Ícaro, próxima a Samos, mientras Naxos es una de las Islas Cícladas y el Alfeo es un río de Élide, todos lugares de culto dionisiaco.

A diferencia de Hesíodo, el *Himno I* hace referencia a Hera y a la decisión estratégica de Zeus de esconder momentáneamente al niño, a quienes los aedos siempre cantarán al principio y al final, ya que «no es posible en modo alguno concebir un canto sacro olvidándose de ti» (10-11).

Este ha sido el nacimiento traumático de un niño sin madre, criado por las Ninfas en la libertad de los bosques, en contacto con la naturaleza, siempre rodeado de mujeres. Tal como sostiene Otto, «Son ninfas las que alimentan y cuidan del niño Dioniso y las que acompañan al dios adulto. Las que lo acompañan en sus frenéticas danzas son ayas. Hay ciertas mujeres que destacan como nodrizas suyas; ante todo Ino, la madre de su hermana fallecida en el parto. Pues es propio de este ámbito que las madres desaparezcan tras la figura de la nodriza»³.

Hera no puede hacer desaparecer a todas las mujeres cercanas a Zeus y las dulces nodrizas serán sus mejores aliadas. El relevo femenino funciona a la perfección y siempre hay una mujer dispuesta a criar a quien más lo necesita. Esta es la infancia que habrá de marcar al joven Taurino; tanto como las marcas de su desconocimiento inicial, de su silenciamiento inaugural como hijo de Zeus, de su primera invisibilización frente al resto de los Olímpicos. Son las marcas que retornan en un estilo nómádico, en una perpetua búsqueda de reconocimiento, en un vagabundeo que lo lleva de Argos a Orcómeno, de Tebas a Lesbos, siempre en un errático camino, que lo tiene por extranjero aún en su propia tierra. El más cosmopolita de los dioses, según Detienne⁴, aquel que no parece tener su casa en ningún lugar, pero, al mismo tiempo, toda Grecia es su patria. Marcas de un nacimiento traumático y de una infancia que se juega en el pleno movimiento que sólo la naturaleza permite en su vastedad sin límites.

De una madre perseguida, un hijo que persigue su reconocimiento en un itinerario que no tiene fronteras. De una madre aparentemente derrotada por los celos de Hera en la metáfora de su muerte, un hijo que finalmente reivindica a su madre, al ser cuidado y reconocido por su propio

padre., teniendo reservado un lugar entre los Sempiternos. De una madre desaparecida, un hijo escondido, pero sólo como táctica y estrategia. Allí esta su vagabundeo, su enrancia y nomadismo para probar su presencia, aún a Hera, la Señora de los celos enfermizos.

d. Mortales o inmortales, el tema son los celos: las peripecias de Leto

Leto aparece en la *Teogonía* pariendo a Apolo y a la flechadora Ártemis, «prole más deseable que todos los descendientes de Urano, en contacto amoroso con Zeus portador de la égida» (*Teogonía*, 919-921). El himno a Apolo da cuenta de tan ilustres nacimientos y en estos términos celebra a la diosa: «¡Salve, Leto bienaventurada, porque pariste hijos ilustres: Apolo soberano y Ártemis, diseminadora de dardos, a la una en Ortigia, al otro en la rocosa Delos, cuando te apoyaste en la gran montaña y en la altura del Cinto, muy cerca de la palmera, cabe las corrientes del Inopo!» (*Himno Homérico III a Apolo*, 14-18). Claro que las cosas no fueron fáciles y Hera contribuyó, una vez más, a obstaculizar el parto. Tardíamente fue Delos quien acoge a Leto, tras intenso periplo. Ninguna ciudad estaba dispuesta a albergarla por temor a la Señora.

Delos se convierte entonces en el primer centro de culto griego en honor al dios. No es un lugar privilegiado geográficamente, apenas una isla rocosa y árida, cuya mayor altura es el Cinto, que no pasa los 120 metros; lo que sí resulta interesante es su posición estratégica en el corazón de las Cícladas. No obstante, su gloria se debe a ser precisamente el lugar donde Leto puede parir al glorioso hijo de Zeus. El Himno celebra a Apolo el Certero y recuerda la circunstancia de su nacimiento, casi furtivo, en el marco de una idéntica metáfora de ocultamiento que se repite: «¿Cantaré tal vez cómo al principio Leto te parió, gozo para los mortales, apoyada sobre el monte Cinto en la isla rocosa, en Delos, ceñida por las corrientes? De uno y otro lado, el sombrío oleaje se abatía sobre la costa, a impulsos de los vientos de silbante sopro. Surgido de allí, te enseño sobre los mortales todos» (*Himno Homérico III a Apolo*, 25-29). Difícil trance para una madre que parece sucumbir ante el poder de Hera, dispuesta a obstaculizar el parto. Pero, una vez más, la lectura debe problematizar el poder unilateralizado que parece esgrimir Hera; Leto resiste en su enrancia y finalmente el parto es la carta de triunfo de un hijo que será el más grande de los Inmortales, junto a su padre. El

himno se convierte en una lección cartográfica, desplegando el recorrido errático de Leto en busca de albergue para parir a su hijo: una larga enumeración de lugares, un penoso periplo «por si alguna de estas tierras quería erigirse en morada de su hijo. Mas ellas temblaban sobremanera y tenían miedo. Ninguna, por feraz que fuera, se atrevía a acoger a Febo, hasta que llegó la venerable Leto a Delos y, preguntándole, le dijo estas palabras: – Delos, ¿querrías ser la sede de mi hijo, Febo Apolo, y que erigieran sobre ti un espléndido templo?» (*Himno Homérico III a Apolo*, 46-52). Sin duda, la propia gloria del recién nacido impregnaría a Delos, tierra ignorada y de escasa gloria.

Para que esto ocurra, es necesario que Delos venza sus miedos, ya que teme las características que se rumorean del recién nacido: un dios demasiado soberbio, que ha de ejercer su autoridad implacable sobre hombres mortales y dioses inmortales. Delos teme desaparecer tras un puntapié por haberse convertido en su albergue, y ser arrojada al fondo del mar. Ese es su mayor temor y lo que le impide tomar la decisión albergar a la pobre Leto, lo cual le reportaría sin duda, la mejor de las famas.

Delos sólo acepta ser la esperada morada si Leto pronuncia el gran juramento de los dioses, prometiendo que su hijo erigiría allí un templo: «¡Sépalo ahora la tierra y desde arriba el ancho cielo, así como el agua que se vierte de la Éstige! (ese es el mayor juramento y el más terrible para los dioses bienaventurados). En verdad que habrá aquí por siempre un altar fragante de incienso y un santuario de Febo. Y te honrará más que a todos los demás». (*Himno Homérico III a Apolo*, 84-88). Esto alegró a Delos y la morada estuvo asegurada para que el Certero naciera tras nueve días y nueve noches, en las cuales Leto tuvo dolores sobrehumanos. Las diosas se hallaban en la isla, salvo dos excepciones significativas: Hera, quien, como era de esperar, permaneció sentada junto a Zeus, dando una nueva batalla, ya que evitó la presencia de Ilitía, sin la cual el parto no podía llevarse a cabo, ya que es la diosa que preside los nacimientos. En efecto, ella no se había enterado, «pues se hallaba sentada en la cima del Olimpo, bajo nubes de oro, por las artimañas de Hera de niveos brazos. Ésta la mantenía alejada por envidia, porque Leto, la de hermosos bucles, iba a parir entonces un hijo irreprochable y poderoso». (*Himno Homérico III a Apolo*, 98-101). En el marco de la batalla perpetua, Hera interviene nuevamente desde las artimañas que le conocemos; pero el poder es acción y reacción, marcha y contramarcha y el triunfo es siempre evanescente y parcial. Las diosas envían a Iris a

espaldas de la señora, para que prometa a Ilitía una bellísima guirnalda y lograr así que ésta raudamente concurra a Delos a presidir el traumático parto. Para ello es necesario sacar a Ilitía del palacio, lo que equivale a evitar la presencia de Hera.

El presente trabajo ha intentado mostrar los celos de Hera como forma de poner de manifiesto la conflictividad que se da en la pareja soberana.

Hemos intentado relevar las marcas de Hera en relación a los vínculos que mantiene con Zeus, su marido y con dos personajes, Sémele y Leto, asociados a Zeus en la economía general de los amores extramatrimoniales del egidífero. En ambos casos, intentamos relevar las peripecias de los nacimientos para relevar cómo distintas circunstancias son la excusa perfecta para desplegar los juegos de poder que tensan las relaciones de los esposos.

Notas

⁽¹⁾ Otto, 2001, 54.

⁽²⁾ *Op. cit.* 64.

⁽³⁾ *Op. cit.* 126.

⁽⁴⁾ Detienne, 1986.

Bibliografía

- BERMEJO BARRERA, J. C.; GONZÁLEZ GARCÍA, F. J.; REBORDA MORILLO, S. (1996), *Los orígenes de la mitología griega*, Madrid: Akal.
- PÉREZ JIMÉNEZ, A. (2000), «Introducción general» in *Hesíodo, Obras y fragmentos. Teogonía, Trabajos y Días y Escudo de Heracles*, Barcelona: Gredos.
- COLOMBANI, M. C. (2005), *Hesíodo. Una Introducción crítica*, Buenos Aires: Santiago Arcos.
- DETIEENNE, M. (1985), *La invención de la mitología*, Barcelona: Ediciones Península.
- DETIEENNE, M. (1986), *Dioniso a cielo abierto*, Barcelona: Gedisa, Barcelona.
- GERNET, L. (1981), *Antropología de la Grecia Antigua*, Madrid.
- NILSSON, M. P. (1969), *Historia de la religión griega*, Madrid: Gredos.
- OTTO, W. (2001), *Dioniso. Mito y Culto*, Madrid: Ediciones Siruela.
- VERNANT, J.-P. (2001), *Mito y Pensamiento en la Grecia Antigua*, Barcelona: Ariel.
- VERNANT, J.-P. (2001), *Mito y Religión en la Grecia Antigua*, Barcelona: Ariel.